

XXV Juegos Florales de La Unión – 2020 - Rama: Testimonio

Título de la obra: **Álbum de familia:**

Más de un siglo de migraciones

Autora: Carmen González Huguet

*Nosotros no participamos de la gloria de nuestros antepasados,
sino cuando nos esforzamos en parecérnosles...*

Molière

Yo no soy yo:

Soy el descendiente de todos mis antepasados...

Santiago Martínez Delgado

Cap. 1: El abuelo Antonio y la abuela María

Mi familia ha estado formada por migrantes y este es el fenómeno que quiero destacar en el texto que ahora comienzo a escribir. Mi intención es completar, en la medida de lo posible, y ampliar también, las ideas que mi madre tenía sobre la historia de su vida y de la de su familia, que (espero) guarden interés, al menos para sus descendientes.

Indudablemente, mi abuelo materno formó parte de un fenómeno migratorio ya conocido y estudiado en España. La cita es un tanto extensa, pero la asentaré completa porque es muy importante: *“Desde el descubrimiento de América la migración de españoles a Indias fue una constante asociada a la colonización de los nuevos territorios y se mantuvo de forma regular. Sin embargo, la época colonial no tuvo gran relevancia en lo que a movimientos migratorios se refiere si la comparamos con la emigración acontecida durante los siglos XIX y XX.- En consonancia con la dinámica de algunos países europeos, España se convirtió entre finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX en un país de emigración de carácter económico. El periodo de mayor afluencia, que Nicolás Sánchez Albornoz acuñó como la "emigración en masa", tuvo lugar fundamentalmente entre 1880 y 1930. Es la época de emigración masiva de los españoles a América, con una importancia social y un peso demográfico muy superior al de la época colonial. En este periodo cronológico el continente americano abrió sus puertas a la llegada de inmigrantes. Muchos gobiernos creyeron ver la solución a la escasez de mano de obra y a la explotación de nuevos productos con la acogida de estos contingentes humanos de fuerza de trabajo que pudieran llevar a cabo el desarrollo material de los estados emergentes.- El estudio de los movimientos migratorios de esta época demuestra que la emancipación de las nuevas repúblicas hispanoamericanas no supuso una ruptura total con la metrópoli y que, además, en estos momentos, los flujos migratorios continuaron siendo regulares hacia las posesiones americanas todavía pertenecientes a la corona española hasta 1898, fundamentalmente hacia Cuba.- El número exacto de los emigrantes españoles que*

partieron hacia América en este periodo es difícil de calcular, debido a la dispersión de las fuentes, pero fluctúa entre dos y cuatro millones de personas, según los diferentes autores, dependiendo de si se han tenido en cuenta las estimaciones de los retornos. La emigración ilegal o no contabilizada por las autoridades ascendió según algunos cálculos a casi un 20%. De los países iberoamericanos receptores de trabajadores españoles, Argentina y Cuba acogieron el mayor porcentaje en un flujo continuo, alentado por los distintos gobiernos y fortalecido por las redes familiares. Las principales compañías navieras de la época relacionadas con el tráfico de pasajeros fueron, entre otras, la Compañía Transatlántica, La Bandera Española, Pinillos, Izquierdo y Cía., Messageries Maritimes, Pacífic Stearn Navigation Co., Compagnie Generale Trasatlantique, Cunard Line, Hamburg Amerika Line, Compañía Naviera Sota y Aznar, y Navigazione Generale Italiana.- La Gran Depresión de los años 30 del siglo XX pondrá fin a la emigración masiva a América, aunque el fenómeno no desaparecerá como tal. En estos momentos, los países receptores restringirán la entrada de nuevos inmigrantes”. Fin de la cita.¹

Voy a empezar contando lo que recuerdo de la familia de Antonio, mi abuelo materno, quien encaja perfectamente en la tipología de un migrante que formó parte de aquella gran oleada. Sabemos con toda certeza que nació en un pueblo de Tarragona llamado Vallverd de Queralt. También, a menudo, lo citan simplemente como Vallverd. Es un pueblo pequeño en el antiguo término de Montbrió de la Marca, hoy perteneciente al de Sarral, en la Conca de Barberá. El municipio de Vallverd de Queralt fue creado en 1812 a partir de las disposiciones de la Constitución de Cádiz, proclamada el 19 de marzo de ese mismo año. Fue concebido como una entidad independiente de los municipios de Montbrió de la Marca y de Sarral, pero se unió al primero de ellos en 1880, con lo que pasó a ser un agregado sede con una cierta autonomía local. Era lo que la terminología municipalista castellana llamó una pedanía. El diccionario Oxford define “pedanía” como: “Núcleo de población pequeño

¹ Fuente: <http://pares.mcu.es/MovimientosMigratorios/staticContent.form?viewName=historia>, consultado el 22 de septiembre de 2020.

y con pocos habitantes que depende de un municipio y que está bajo la jurisdicción de un alcalde o de un juez”.² En El Salvador equivaldría a un cantón o caserío.²

Entre 1931 y 1939 el municipio recuperó su independencia pero, al acabar la Guerra Civil Española en ese último año, fue reintegrado a Montbrió de la Marca. Sin embargo, en 1972, con la anexión de Montbrió a Sarral, Vallverd de Queralt pasó a formar parte de este último municipio. Está situado a cuatro kilómetros al noreste de Montbrió de la Marca, entre esta villa y el Coll de Deogràcies, que queda al noreste de Vallverd de Queralt, a la derecha del río Vallverd. Toda esta información podría resumirse diciendo que mi abuelo nació en un pequeñísimo pueblo de Tarragona. ¿Por qué es relevante esto? Porque en ese lugar no había oportunidades para la gente joven. Ni de estudio, ni de trabajo. Para ir a la escuela, mi abuelo debió caminar diez kilómetros de ida los lunes y otros tantos de regreso los sábados, ya que la escuela se encontraba en un pueblo cercano: Santa Coloma de Queralt, de modo que solo pudo estudiar hasta sexto grado en una escuela de los Hermanos Maristas. La vida era muy difícil y el futuro no se vislumbraba mejor.

¿Cuándo nació el abuelo Antonio? La verdad es que desconozco la fecha exacta. Solo sé que, v en 1976, cuando murió, tenía noventa y dos años cumplidos, de modo que debió de nacer hacia 1884, en marzo. Sí sabemos, en cambio, con seguridad, la fecha en que desembarcó en el puerto de La Libertad, en El Salvador: el 22 de febrero de 1906, porque nos lo dijo muchas veces. Estaba entonces a punto de cumplir los veintidós años de edad, y sabemos, además, que vino a trabajar junto a su primo: Pablo Llorc Anglés, el abuelo de Fernando Llorc, el pintor. Mi abuelo fue padrino de bautizo del padre de dicho artista: don Baltasar Llorc Escalante, una persona muy altruista que trabajó muchísimo a favor de la fundación y del desarrollo de la Cruz Roja Salvadoreña.

Don Pablo había venido a El Salvador bastantes años antes y fundó una tienda en Quezaltepeque. Ahí trabajó mi abuelo durante cierto tiempo, y ahorró, hasta que se asoció

² Fuente: <https://languages.oup.com/google-dictionary-es/>, consultado el 22 de septiembre de 2020.

con su primo y fue a fundar una tienda similar a la localidad de Suchitoto. Eran tiendas de pueblo, en las que igual se vendía una tachuela que una silla de montar. También vendían artículos de ferretería (que no sé por qué siempre fueron la fascinación de mi abuelo), harina, aceite y muchas cosas más.

La familia de mi abuelo estaba formada por su padre, José; su madre: Coloma, y seis hijos: José, el mayor, luego mi abuelo Antonio, después el tío Casimiro, la tía Carmen y los tíos Federico y Miguel, quienes eran hermanos gemelos. De todos ellos también estuvo en El Salvador el tío Federico, que vivió casi toda su vida adulta acá, se casó, tuvo hijos e, incluso, abrió una tienda y emprendió muchos negocios. Residió por muchos años en San Martín. Federico fue el padrino de bautizo de mi mamá. Murió en 1994. Además, Federico Huguet fue el padre del ingeniero Federico Miguel Huguet Rivera, primo hermano de mi madre, quien fungió durante muchos años como rector de la Universidad Don Bosco. Federico Miguel nació el 24 de mayo de 1940 y falleció el 27 de mayo de 2015. Aquí en El Salvador se casó y procreó cuatro hijos.

Y aquí haré un paréntesis para hablar de la familia de mi abuela materna Josefa de Jesús Cañas, aunque a ella jamás le gustó ese nombre, ni lo usó. Siempre dijo llamarse “María”. Su origen podría ser objeto de una investigación posterior, si el tiempo y las condiciones lo permiten. Mi bisabuela se llamaba Carmen Cañas y fue madre soltera, porque mi bisabuelo, a quien llegué a ver sólo una vez en la vida, cuando yo tenía unos tres años, nunca se casó con ella.

Mi bisabuelo se llamó Antonio Peña Martel. Don Rafael Flores, quien por muchos años fue el encargado del archivo del Arzobispado, me hizo llegar copia de unos papeles, en cierta ocasión, que sugieren que Antonio Peña Martel estaba emparentado con el poeta chalateco Miguel Plácido Peña. Pero este dato, como otros, habría que investigarlo más a fondo para poder contar con pruebas documentales en firme. Solo puedo decir con certeza que Antonio Peña Martel fue dentista. Era hijo de una familia radicada en San Salvador y que contaba

con medios económicos suficientes no solo para darle una educación universitaria, sino para ser dueño de una casa en la ahora Primera Calle Poniente, no lejos de la Basílica del Sagrado Corazón. No era poco en El Salvador, en la segunda mitad del siglo XIX.

Duele decirlo, pero me imagino que la bisabuela Carmen para el bisabuelo Antonio Peña Martel solo fue una “entretención de vacaciones”, ya que él se casó con otra. No sin antes, me temo, dejarla embarazada. Nació una niña que fue la tía Cristina. Comprensiblemente, la familia de mi bisabuela no miró con buenos ojos aquel embarazo y la echaron a la calle. Al final, después de un tiempo, la “perdonaron” y la admitieron con su niña. Sin embargo, al cabo de otro tiempo, los bisabuelos procrearon otra criatura: la abuela María. Así las cosas, la bisabuela Carmen se fue a vivir a casa de su hermana, la tía Mercedes, a quien seguramente tampoco le fue bien en el amor, ya que tenía una hija: Isabel, la tía “Chabela”, de quien nunca supimos quién fue su padre. Las dos mujeres vivían solas con sus hijas en una casa en Suchitoto, situada frente a lo que años después fue la subestación de energía eléctrica de aquel lugar. Se mantenían haciendo pan y vendiéndolo por las calles del pueblo. Era una casa en la que solo vivían mujeres. La vida era, con seguridad, muy dura. Mi abuela María se levantaba todos los días a las tres de la mañana a acarrear el agua, ya que la casa no tenía agua corriente, y había que llevarla en cántaros desde la pila municipal situada en la plaza principal del pueblo. También se encargaba de encender la leña para el horno, y de comenzar las labores de hacer el pan con ayuda de las demás mujeres de la familia. Por esa razón, mi madre contaba que mi abuela no tuvo infancia. Trabajaba de la mañana a la noche. Dudo mucho que haya asistido a la escuela, salvo unos pocos años, ya que sí sabía leer, escribir y “las cuatro operaciones”. Pero no era una mujer muy “leída”. Lo que sí le gustaba, y era una experta en eso, era cocinar. Y también fue una buena costurera. Pero me estoy adelantando.

Cuando el abuelo Antonio llegó a Suchitoto, le llamó la atención aquella jovencita seria que todos los días pasaba frente a la tienda con su cántaro sobre la cabeza. En su vejez, mi

abuelo contaba que lo que le gustó de mi abuela fueron sus trenzas: eran dos, muy gruesas, muy negras, y tan largas, que le caían bien abajo sobre su espalda. Las remataba en dos “colochitos” y, por alguna razón, esos rizos le encantaban al abuelo.

La abuela María debió de nacer el 14 de noviembre de 1892 y murió en 1978. Eso significa que, al morir, tendría unos ochenta y seis años, más o menos, y que su marido era unos ocho años mayor que ella. La verdad es que siempre me ha resultado sorprendente que ambos abuelos tuviesen una vida tan larga: el abuelo Antonio murió a los noventa y dos, y la abuela María, como digo, a los ochenta y seis años. Es mucho, sobre todo considerando sus problemas de salud y el hecho de que la esperanza de vida al nacer a fines del siglo XIX era mucho menor que hoy en día, cuando existen tantos adelantos médicos. Además, en su madurez ambos desarrollaron diabetes y los dos sobrevivieron al cáncer. Por otra parte, es probable que tuviesen problemas cardíacos derivados de la edad. Me imagino, aunque tal vez esté equivocada, que antes la gente ni siquiera sabía qué era el colesterol, ni la arterioesclerosis, ni la hipertensión.

El abuelo Antonio murió de un derrame cerebral fulminante del que, sin embargo, en un primer momento quedó consciente, aunque hablaba incoherencias. Poco después perdió el habla y cayó en coma. Algún tiempo más tarde la abuela María murió de neumonía luego de pasar dos años postrada en una cama a raíz de una caída ridícula, por la forma tan tonta en que ocurrió, en la que se fracturó la cabeza del fémur. Pero, como digo, me estoy adelantando.

Convendría aquí intentar poner en contexto histórico los nacimientos de los abuelos. Cuando el abuelo Antonio nació, España era gobernada por el rey Alfonso XII, quien ocupó el trono entre 1874 y 1885. Habría de morir ese año a los veintisiete años de edad (veintidós meses después del nacimiento del abuelo Antonio) el 25 de noviembre de 1885 a causa de la tuberculosis, una enfermedad infecciosa que en aquella época no tenía cura. A su muerte detentó la regencia su viuda, la reina María Cristina, quien estaba embarazada y parió a su

hijo, el futuro Alfonso XIII, el 17 de mayo de 1886. Aunque este monarca fue legalmente rey desde su nacimiento, no asumió el poder efectivo sino hasta que cumplió los dieciséis años de edad, el 17 de mayo de 1902.

Durante el reinado de Alfonso XIII, España experimentó varios problemas de suma importancia que acabarían con la monarquía liberal, hecho que fue sellado en 1931, cuando la falta de una verdadera representatividad política de amplios grupos sociales, la pésima situación de las clases populares, en especial las campesinas, los problemas derivados de la guerra del Rif y el nacionalismo catalán precipitaron el final de su reinado. Por otra parte, en 1898, España había perdido sus últimas colonias en la breve, pero desastrosa, guerra de la independencia cubana, de 1895 a 1898, la cual desembocó en la guerra hispano-estadounidense. Al final de este conflicto España perdió Cuba, que se constituyó como república independiente pero bajo la tutela de los Estados Unidos. Además, España se quedó sin Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam, que pasaron también a formar parte de la órbita de poder estadounidense. Así mismo, el resto de posesiones españolas del Pacífico fueron vendidas al Imperio del káiser Guillermo II mediante el tratado hispano-alemán del 12 de febrero de 1899, por el cual España cedió sus últimos archipiélagos: las islas Marianas (excepto Guam), las Palaos y las Carolinas, a cambio de 25 millones de pesetas (17 millones de marcos de la época), ya que eran indefendibles por parte del ejército español.

Por otra parte, el nacionalismo catalán era también una cuestión ardua y de gran actualidad a finales del siglo XIX. El llamado catalanismo político es una corriente de pensamiento articulado sobre la tesis de que Cataluña es una nación (no necesariamente independiente). Dicha tesis se basa en los derechos históricos de Cataluña, en su historia, en su lengua y en el derecho civil catalán. Considera que las instituciones del Principado de Cataluña fueron sustituidas por nuevas instituciones de inspiración castellana, con el Decreto de Nueva Planta de Cataluña, promulgado por el rey Felipe V, el primer Borbón en el trono español,

el 16 de enero de 1716. Dicho decreto implicó la derogación de las constituciones catalanas y la extinción de dicho principado como un estado dentro del “Estado compuesto” de la monarquía hispánica. Entre algunos sectores de la población española el concepto de nación catalana es extendido a todos los territorios de habla catalana: los llamados Países Catalanes. Dichos “Países Catalanes” incluirían no solo a Cataluña, en sí, sino además a la Comunidad Valenciana, a las islas Baleares y al Principado de Andorra.

No sé, en concreto que tan “catalanista” era el abuelo Antonio. Me imagino que algo, o mucho. Lo que puedo decir, en concreto, es que siempre que se encontraba con su hermano, el tío Federico, ambos hablaban en su lengua materna. Por supuesto, quienes los escuchábamos entendíamos muy poco de la plática. Y hasta el día de su muerte, el abuelo se negó a nacionalizarse salvadoreño, aunque dicha decisión le significaba pagar más impuestos. ¿Son signos estos de un “catalanismo” exacerbado? Como digo: no lo sé. La realidad es que el abuelo vivió más tiempo en El Salvador que en su tierra natal, a la que solo volvió en una ocasión, y con desastrosos resultados, pero eso lo contaré más adelante. Por otra parte, aquí se casó, aquí hizo su vida, aquí nacieron sus hijas y sus nietos. Al final, considero que tenía más vínculos con la tierra salvadoreña, digo yo, que con ninguna otra.

Por desgracia, no queda nadie que pueda decirnos cómo se conocieron los abuelos. Solo sabemos, como digo, que el abuelo Antonio se enamoró de las trenzas de la abuela María porque en la vejez solía contar esta historia. Y también contaba que, cuando pidió permiso para visitarla en la sala de su casa, la mamita Mercedes sentaba a toda la familia en los sillones, cuidando de que cada novio estuviese en cada extremo, con toda la prole en medio de los dos, para que no pudiesen tocarse ni una uña. Sabiendo la historia de madres solteras de la familia, no le faltaba razón, aunque yo siempre he creído que el abuelo Antonio era un San José. Claro, yo lo conocí cuando tenía más de ochenta años. Quién sabe cómo era en su juventud.

En todo caso, el novio platicaba más con la tía Chabela porque con ella tenía más temas de conversación. Por algo era la encargada de las compras de la pequeña panadería que constituía el sustento de la familia y sabía cuáles eran los precios de la harina, de la manteca y demás ingredientes para el pan. Pero, finalmente, el abuelo pidió la mano de la abuela, quien aceptó casarse con él. Bueno, al menos, al principio. Porque hubo una señora oficiosa, de esas que nunca faltan, que supuso (y supuso bien) que la abuela María no sabía nada de lo que pasa cuando la gente casada se va a dormir, y sin que nadie se lo pidiera, le dio una clase de educación sexual teórica a mi abuela que la dejó turulata. Horrorizada, y ya con las invitaciones repartidas, doña María Cañas se arrepintió y dijo que siempre no se casaba.

Me imagino la paciencia que el abuelo tuvo que desplegar para volver a convencerla. Por fin, el 27 de julio de 1916 se casaron en la iglesia parroquial de Suchitoto, dedicada a la patrona del lugar, Santa Lucía. Debió de ser una boda elegante para los parámetros de una ciudad pequeña del interior de El Salvador a principios del siglo XX. El poeta local, Juan Cotto (1900-1938), que en aquella época era un adolescente de escasos dieciséis años, y quien fuera tío, más adelante, del famoso cineasta Alejandro Cotto, les escribió un poema:

*“¡Repican ya, con argentinos sonos
las campanas del templo en este día,
pues la unión de dos nobles corazones
las hacen hoy vibrar con alegría!
Respira todo amor, en este día,
en este día de júbilo sin par;
es de novia la veste de María,
y su guirnalda, es de flores de azahar.
Pálido está su cándido semblante,
lágrimas, quizás quiere derramar,
mas, Antonio, la vista suplicante*

la consuela, y le dice: ¡Te he de amar!

Ya que el cielo bendice vuestra unión

y han jurado tener fidelidad

les deseo de todo corazón

que ese cielo les dé felicidad”.

Esa felicidad fue, en todo caso, relativa. Si bien es cierto que siempre se llevaron bien, a pesar de que la abuela tenía su carácter, vivieron un auténtico drama cuando estaban recién casados. Como digo, la boda se celebró el 27 de julio de 1916. Once meses más tarde, el 7 de junio de 1917, ocurrió la erupción del volcán de San Salvador que causó graves daños sobre todo en la ciudad de Quezaltepeque, donde vivía el primo de mi abuelo, como digo: don Pablo Llorc Anglés. Los temblores que acompañaron la erupción debieron de ser muy intensos. Poco antes de este evento les había nacido a mis abuelos su primera hija: se llamaba Merceditas, en honor de la tía que crió a mi abuela. Esta niña debió de ser una alegría para el joven matrimonio. Cuando se casaron el abuelo Antonio tenía treinta y dos años y la abuela, veinticuatro.

Por desgracia, Merceditas murió en julio de 1919, a los dos años de edad, a causa de la difteria, cuando la segunda hija de los abuelos, la tía María Julia, tenía un mes de nacida. María Julia nació el 9 de junio de 1919 y vivió noventa y tres años, ya que falleció el 31 de agosto de 2012. Hasta la fecha, y hasta donde sabemos, ha sido la persona más longeva de la familia.

Cuando su niña enfermó, la abuela María hizo el viaje con Merceditas en brazos desde Suchitoto hasta San Salvador. Pero cuando llegó al hospital no le dieron ninguna esperanza. La niña murió en el Rosales, en aquella época cuando no existían vacunas para prevenir la difteria, ni antibióticos. Mi abuela hizo el viaje de regreso sin decirle nada a nadie de la muerte de la niña, porque tenía miedo de que se negaran a transportarla. Solo la envolvió en una cobija, como si Merceditas estuviera dormida. Debió de ser un viaje larguísimo y muy

doloroso para ella, que se tragó sus lágrimas hasta que llegó a la casa y se encontró con su marido. La noticia debió de ser devastadora para el abuelo Antonio. La tía María Julia, que tanto bien le haría a la familia años después, fue, por lo tanto, hija única durante casi diez años, desde la muerte de Merceditas hasta el 30 de marzo de 1929, cuando mi madre nació. A lo largo del tiempo, la situación económica de la familia fluctuó mucho. En 1923 se mudaron de Suchitoto a San Salvador y mi abuelo puso otra tienda, esta vez ubicada sobre la calle Rubén Darío, en la Quinta Avenida, esquina opuesta a donde se levantaría el edificio del Telégrafo, construido a partir de 1936. El Colegio Sagrado Corazón quedaba muy cerca de ahí en esa época, a media cuadra de la tienda del abuelo Antonio. La tía Julia comenzó a estudiar en dicho colegio, que había sido fundado por las hermanas oblatas del Corazón de Jesús el 6 de enero de 1895, con diecisiete alumnas.

Las oblatas vinieron de Francia a iniciativa de la hija del presidente Rafael Zaldívar, doña Sara Zaldívar, y las primeras que fundaron el colegio fueron Berta de Curzón (francesa), María Poninska (polaca), Aurelia Espinat (francesa), María Ségul (alemana) y María Pringle (inglesa).³ No vestían como monjas, y eso fue una ventaja para ellas, porque el gobierno del presidente liberal Santiago González había expulsado a los jesuitas y los gobiernos siguientes prohibieron el ingreso de más órdenes religiosas. La educación que se brindaba, y aún se brinda, en ese colegio era de muy buena calidad. Ahí estudió mi tía Julia hasta el sexto grado. Esto es, hasta 1929. Después ahí cursaría toda su educación básica mi mamá, quien se graduó como secretaria. Mi madre siempre lamentó no haber podido ser bachiller.

Posteriormente, el abuelo Antonio decidió liquidar la tienda que tenía en San Salvador, vendió toda la existencia de mercadería e invirtió el dinero en la compra de dos casas: una situada sobre la Primera Calle Oriente, donde nació mi mamá, y otra contigua, sobre la misma calle, formando esquina con la Segunda Avenida Norte. En parte de ese predio

³ Fuente: http://www.cosaco.edu.sv/quienes_somos.html, consultado el 2 de octubre de 2020.

estuvo situado, años después, el cine Principal. Y, posteriormente, en el mismo terreno, se construyó el edificio de la Lotería Nacional de Beneficencia, el cual resultó irremediablemente dañado en el terremoto de 1986. Fue una de varias casas que tuvo el abuelo, ya que hubo una época cuando la familia formada por la abuela María, el abuelo Antonio, la tía Julia y mi mamá, además de las fieles muchachas Leonor y Cruz, que trabajaron por años con ellos desde que mis abuelos se casaron, vivieron en el barrio de Candelaria, no lejos de la iglesia de madera que todavía se levanta en dicho lugar, a orillas del río Acelhuate, que tiene la mala costumbre de desbordarse cuando los inviernos son muy copiosos.

Tuvo que ser a comienzos de los años treinta, en plena crisis económica mundial, cuando Casimiro le escribió al abuelo Antonio para proponerle un negocio: fundar una fábrica de artículos de ferretería. No sé por qué ese siempre fue el sueño dorado del abuelo Antonio. Le encantaban los artículos de ferretería. En realidad, él siempre fue un hombre muy habilidoso. Era buen albañil, carpintero y hasta electricista. Todos los años le daba una mano de lechada de cal a la casa que tuvo al final de su vida: la que estaba situada en la esquina de la 12 Avenida Norte y 11 Calle Oriente, a una cuadra al norte del Parque Centenario. Esta casa era muy pequeña, sobre todo porque la mitad había sido acondicionada para alquilarla como un apartamento que constaba solo de una pequeña sala, un mínimo comedor-cocina, un dormitorio, un patio y un baño. Mi mamá contaba que, en cambio, la casa que tuvo mi abuelo en el barrio de Candelaria era una vivienda amplia, con grandes corredores, varios cuartos, un gran patio cubierto de enredaderas y una enorme cocina. Y esto último tenía mucho sentido porque la cocina siempre fue el reino de la abuela María. Tenía un gran comal de barro y una enorme piedra de moler, tan pesada que ella sola no podía moverla. Cuando había que subirla al lavadero, era el abuelo Antonio el que la colocaba en ese lugar.

La abuela María, igual que habrían de serlo la tía Julia y mi madre, era una cocinera en verdad inspirada. Su gallo en chicha era el mejor del mundo. Preparaba los tamales y la horchata con las recetas tradicionales. Los días sábados, hasta donde la edad se lo permitió, ella preparaba aquellos deliciosos tamales que las muchachas salían a vender por la calle. De esa manera ayudaba a la economía familiar. Eran deliciosos, tanto los de sal como los de azúcar, e inclusive los de elote. Siempre fue austera, ahorrativa y muy prudente en cuestiones de dinero, tal vez por la pobreza que había sufrido de niña, debido a que el bisabuelo Peña Martel las abandonó a ella y a su hermana Cristina. Mi abuela nunca se lo perdonó. Es que aparte de la pobreza, estaba aquel estigma social terrible que arrastraron las dos hermanas. Hasta el día de su muerte la abuela María siempre se refería a Antonio Peña Martel como “el h. de p. de mi papá”. Contaba que, en una ocasión, este señor llegó a pedirle a la mamita Mercedes que le prestara a las niñas para llevarlas a pasar un fin de semana a su casa de San Salvador. Con reticencia, la señora se lo concedió. Cuál no sería su sorpresa cuando el domingo regresaron a Suchitoto las dos niñas bañadas en llanto. Le contaron que la esposa legítima del bisabuelo y sus medias hermanas las habían humillado horriblemente. Ni la tía Cristina ni la abuela María quisieron saber nada de pasar más tiempo con aquel señor.

De las muchachas de mi abuela, Leonor era la cocinera y Cruz se encargaba de otras labores, pero sobre todo de cuidar a mi mamá. Ella era “su consentida”. Pero más adelante hablaré de mi madre. Durante los años treinta la situación del país era difícil, sobre todo al inicio de esa década. Hay que recordar que a principios de diciembre de 1931 llegó al poder el general Maximiliano Hernández Martínez. Como bien sabemos, en enero del año siguiente ocurrió la masacre de 1932. El Salvador sufrió, como la mayor parte del mundo, los efectos de la crisis económica conocida como la Gran Depresión, originada en octubre de 1929, pero cuyos efectos se experimentarían durante varios años. Y a los efectos de la

crisis económica había que sumar, como siempre, aquellos ocasionados por los llamados “desastres naturales”.

El 7 de junio de 1934 el barro de Candelaria de San Salvador padeció los efectos de una inundación. Había llovido durante varios días y en esa zona siempre se han dado ese tipo de percances. No es de ahora que eso ha comenzado a ocurrir. Sencillamente, el agua busca su nivel y cuando llueve durante varios días seguidos, o cae una tormenta especialmente copiosa, lo usual es que el río Acelhuate y otros arenales de la capital se desborden. En especial en esa zona de Candelaria, que es una de las más bajas de la capital. Somos los seres humanos los que seguimos empeñados en construir y vivir donde ya sabemos que ocurrirán desastres. Mi mamá lo contaba mucho mejor, puesto que fue testigo presencial de lo ocurrido:

“Recuerdo como si lo estoy viendo... Eran como las siete de la noche y estábamos cenando. Llevábamos ya varios días de “temporal” y en esos momentos llovía copiosamente. Cruz luchaba, sin mayor éxito, por hacerme comer, cuando se me antojó que quería comer plátanos fritos. Ese antojo la hizo salir inmediatamente, sin importarle la lluvia, a la tienda de la esquina a comprar los plátanos. Sin embargo, minutos más tarde regresó muy asustada diciendo que en la tienda oyó decir que el río Acelhuate estaba a punto de desbordarse... No sé, realmente, que pensarían hacer mis papás en esos momentos. De cualquier manera, la primera reacción en estos casos es huir. Pero no teníamos carro y la casa sobre la Segunda Avenida Norte quedaba lejos. Cruz estaba muy angustiada y no esperó a que ellos actuaran. Me tomó en sus brazos, tomó a Julia de la mano y salimos corriendo a la calle. Las ráfagas de viento volteaban los paraguas de la poca gente que circulaba. Las sombrillas quedaban inservibles. Bajo la lluvia mis papás nos siguieron. Habíamos caminado un par de cuadras cuando encontramos una pareja de oficiales de la Guardia Nacional que andaban patrullando la zona en operaciones de rescate. Nos dijeron que ya no era posible cruzar el puente sobre el río, y que ellos nos llevarían a lugar seguro.

Así fue. En un vehículo de ese cuerpo fuimos transportados al Cuartel de la Guardia Nacional que quedaba en la misma zona, pero en un punto muy alto, donde ya había mucha gente refugiada. Nos proporcionaron camas, frazadas y alimentos. Allí estuvimos tres noches y dos días hasta que pasó “la correntada”... El 9 de junio es el cumpleaños de Julia. A ella le tocó cumplir sus quince años en aquellas circunstancias. Cabe mencionar que algunos de los jóvenes oficiales que estaban allí entonces, llegaron después a ocupar cargos importantes en el gobierno, como el coronel José María Lemus quien, años más tarde, fue presidente de la República... El día 10 de junio regresamos a casa escoltados por una pareja de guardias. Encontramos la casa bastante bien. Únicamente se había derrumbado la pared de la calle, oportunidad que aprovecharon los ladrones para entrar a robar. Las pérdidas no fueron cuantiosas, pero el impacto que me causó el oír que habían entrado los ladrones fue terrible: sentada en el suelo, llorando repetía en mi media lengua: “¡Se metieron los ladrones, se metieron los ladrones!”. Mi mente de cinco años imaginaba unos monstruos gigantes, seres de otros planetas, que llegaron a atacarnos con intención de despojarnos de todo, torturarnos y hasta matarnos. Quizá desde entonces, tengo en mi inconsciente esa “fobia” a los ladrones... Mi papá contó siempre con la colaboración de dos buenos obreros: Fabio Molina, que era carpintero y albañil, y Manuel López, electricista. Trabajó junto con ellos y repararon la casa... Recuerdo claramente el día en que vi a mi papá arreglando el techo de uno de los cuartos. El peso de su cuerpo quebró las varas, blandas por el agua y, se vino al suelo. Tenía una herida en la cabeza y la cara cubierta de sangre. Corrí a dar la voz de alarma. No tuvo fracturas, pero sí golpes en el cuerpo. El pobre sufrió muchos dolores hasta que sus heridas cicatrizaron”.

Cap. 2: Papá Virgilio

Es curioso, porque un mes y un día antes de la boda de los abuelos Antonio y María, el 26 de junio de 1916 estaba naciendo un niño al otro lado del mundo, en la localidad vallisoletana de Melgar de Arriba. Esta persona tendría mucho qué ver en la historia de nuestra familia, ya que fue mi padre.

El pequeño pueblo de Melgar de Arriba se ubica en la llamada “Tierra de Campos”, no lejos de la ciudad española de Burgos, a orillas del río Cea. Melgar de Arriba es el municipio más septentrional de la comarca y de la provincia de Valladolid, en la actual comunidad autónoma de Castilla y León. Antes, esta región era llamada Castilla La Vieja, y a Castilla-La Mancha la llamaban Castilla La Nueva. En todo caso, Melgar de Arriba es el municipio más alejado de la capital autonómica, que no es otra que la ciudad de Valladolid.

Al nacer, mis abuelos llamaron a mi padre Virgilio, nombre que él detestaba. Le gustaba mucho más su segundo nombre: Juan. Tal vez por causa de dicho disgusto llamó Juan a su único hijo varón, seguido del Antonio del abuelo materno. En la familia no ha vuelto a haber otro Virgilio. Ni creo que lo haya. Mi hermano se llama Juan Antonio. Los nombres de mis abuelos paternos tampoco eran de “reventar cohetes”: El abuelo se llamaba Indalecio, y la abuela, Bonifacia. Los acortaban para que no sonaran tan feo, de modo que los llamaban el abuelo Inda y la abuelita Boni. Me imagino que este era el resultado de la costumbre de dar a los niños el nombre del santo cuya fiesta se celebraba el día de su nacimiento. Menos mal que a mi papá lo nombraron Virgilio, porque el 26 de junio es también el día de San Pelayo. Habría sido mucho peor llamarse Pelayo, solía decir él, y reía a carcajadas. Sin embargo, hubo un error: el santo de ese día no es San Virgilio, sino San Vigilio, sin la erre. En efecto, San Vigilio de Trento fue un sacerdote que vivió entre los años 355 y 405 después de Cristo. Evangelizó el valle de Adigio, en el norte de Italia, en la zona del Véneto, y fue el tercer obispo de la ciudad de Trento, sede del famoso concilio. El santo sufrió martirio en el segundo consulado del general Estilicón.

Como sea, mis abuelos paternos eran campesinos y vivían de cultivar la tierra. Es decir, tres cuartos de lo mismo que mis bisabuelos maternos en Tarragona. No creo que en los campos de Castilla y León, en 1916, en plena Primera Guerra Mundial, hubiese mejores perspectivas económicas que en la Tarragona rural en donde nació mi abuelo materno en 1884. Al menos dos de los hermanos mayores de mi padre: Romualdo y Claudio, fueron enviados a estudiar con los Maristas al comenzar la adolescencia. Romualdo terminó saliéndose de dicha congregación. Fue a establecerse, finalmente, a la ciudad de Caracas, donde se casó y nacieron sus dos hijos. Claudio, por su parte, no solo llegó a dirigir el colegio Marista de Maracaibo, también en Venezuela, sino que en su juventud fue misionero en China. Este tío, que había nacido en 1901, tenía una facilidad extraordinaria para los idiomas y, además de español, inglés, francés, italiano y alemán, había estudiado chino y también algo de ruso. Nos visitó una única vez, allá por la década de los setenta y, en realidad, a todos nos impresionó el parecido físico que guardaba con mi papá.

En mi familia paterna hubo ocho hermanos: Indalecio, Romualdo, Claudio, Virgilio (mi padre), sus hermanas Margarita, María y Rosario, y un hermano llamado Juan Manuel que murió siendo todavía muy pequeño. En su adolescencia, esto es, en los años veinte, o principios de los treinta, mi padre también fue enviado a estudiar con los Hermanos Maristas. Ellos le dieron una sólida educación y una excelente preparación pedagógica. Mi papá estudió en Francia, donde dominó el francés, asignatura que impartiría varias veces durante los muchos años en que trabajó como docente, y también estudió en Italia, concretamente en la ciudad de Turín, aunque no llegó a dominar el italiano. Me imagino que eran los años del ascenso del fascismo y que de seguro se sintió impresionado por la figura de Benito Mussolini, “Il Duce”. Nunca hablaba de política, pero creo que las ideas de mi papá eran un tanto de centro derecha, a pesar de un incidente que contaré más adelante. Tanto él como los abuelos Antonio y María, y en general toda la familia, eran muy católicos, y lo fueron siempre. Guardaban con mucho celo todas las devociones. Por

ejemplo, mis abuelos asistían puntualmente a los oficios de la Semana Santa a la iglesia de San Francisco, situada en la entonces Séptima Calle Oriente, entre la Avenida España y la Segunda Avenida Norte, hoy Avenida San Óscar Arnulfo Romero, así como a las procesiones. El abuelo Antonio era hermano terciario franciscano, y en mayo y junio mi mamá tenía la costumbre de poner de rodillas a todos en casa, inclusive a las muchachas, para rezar el rosario después de cenar. En su juventud mi mamá fue una ferviente activista de Acción Católica. Sin embargo, esa costumbre de rezar el rosario se fue perdiendo a medida que crecimos y, sobre todo, a medida que empeoraron sus problemas de salud.

Durante los años cuando estudió y trabajó con los Maristas, de los diecisiete a los treinta y cinco, esto es, de 1933 a 1951, mi papá anduvo por diferentes partes del mundo. Como dije, su formación como maestro tuvo lugar en Francia y en Italia. Luego trabajó en colegios Maristas en Cuba y en Colombia, concretamente en las ciudades de Cali, Medellín y, especialmente, Popayán. Cuando finalmente lo destinaron a El Salvador, mi padre impartió clases en el Liceo Salvadoreño, colegio fundado en 1881 por monseñor Antonio Adolfo Pérez y Aguilar (1839-1926), cuarto obispo y primer arzobispo de San Salvador. También enseñó en el Liceo San Luis, de Santa Ana, y en el Instituto Católico de Oriente, en San Miguel. Fue precisamente en esta última ciudad donde finalmente abandonó su congregación. Mientras lograba completar las gestiones para validar sus títulos y diplomas de maestro, mi padre trabajó como obrero en la fábrica de Café Listo, en el Bulevar del Ejército, en San Salvador.

Doña Eva viuda de García era una buena señora originaria de Metapán quien tenía dos hijos y una hija. Sus hijos habían estudiado en el Liceo Salvadoreño y habían sido alumnos de mi papá. Cuando la señora supo que “el hermano Virgilio” se iba a salir de los Maristas y andaba buscando adonde mudarse, le ofreció un cuarto en su casa, ya que ella tenía pupilos para ayudarse económicamente. La casa de doña Eva quedaba sobre la 12 Avenida Norte, a

pocos pasos del Parque Centenario y a una cuadra al sur, exactamente, de la casa de mi abuelo. Así fue como mi futuro papá terminó viviendo muy cerca de donde vivía mi mamá.

Cap. 3: Mamá Gloria

Como ya dije, mi mamá nació el 30 de marzo de 1929. Ese día cayó sábado de gloria, por eso la nombraron así: Ana Gloria. En efecto: mamá siempre tuvo muchos problemas de salud. No le gustaba comer y mis abuelos se las miraban y se las deseaban para hacerla probar bocado. Le prometían una “bamba”, que era una moneda de un colón, de aquella época, por cada trozo de comida que le hacían tragar. Pero era una estafa. La moneda era la misma, todas las veces, y jamás se la dieron. Siempre se la “guardaban”. O ponían un rimero de monedas de a diez centavos junto al plato y le “daban” una por cada bocado que ingería. Esta repulsión por la comida, que probablemente era algún tipo de anorexia, tal vez fue la razón por la que mi madre siempre fue una persona menuda. Ya adulta medía alrededor de un metro sesenta y, además, era sumamente delgada. No creo que pesara más de cien libras, lo cual no le impidió parir cuatro hijos. Pero aún al final del embarazo de mi hermano Juan, lo más que pesó fueron ciento veinticinco libras.

Por otra parte, desde muy pequeña padeció de fiebre reumática, lo que le producía frecuentes infecciones de la garganta e intensos dolores en las articulaciones que la dejaban postrada. Presentó un síntoma grave de esta enfermedad llamado Corea de Sydenham. En aquellas largas temporadas en que pasó en cama leía mucho, razón por la que, a pesar de sus ausencias, siempre fue muy buena estudiante. No sé si estaba relacionado con la fiebre reumática, pero mamá se quejó toda su vida de sus problemas estomacales que la hicieron sufrir mucho.

Por otro lado, mi madre siempre fue muy aplicada en sus estudios. Tenía una hermosa letra de carta de la que estaba muy orgullosa. No era precisamente Palmer, sino una caligrafía

muy personal, aunque no fue tan buena como la de papá Virgilio, que era en verdad extraordinaria, tanto su letra de molde como su llamada “letra inglesa”, una cursiva muy elegante. Los dos eran sumamente ordenados y cuidadosos con sus tareas escolares. Nada qué ver con sus hijos. Nuestra caligrafía siempre dejó mucho que desear, excepto la de mi hermana Gloria, que se esforzó mucho por llegar a tener muy buena letra, y la de Pilar, que no en balde terminó estudiando diseño. Y mejor no hablo de los nietos. Mis hijos jamás han tenido buena letra. Eso ya no es tan importante ahora, cuando la mayoría de textos los escribimos en la computadora, pero en sus tiempos sí importaba, y también en mi infancia y adolescencia. No en balde mis papás me atormentaron por años con las dichas planas de caligrafía, que yo detestaba.

La situación económica de la familia empeoró durante la década de los treinta. Mi abuelo había enviado dinero a su hermano Casimiro para fundar la fábrica, pero en 1936 estalló la Guerra Civil y Casimiro escribió diciendo que la fábrica había sido destruida por los “rojos”, de modo que el dinero de mi abuelo se evaporó literalmente.

Por otra parte, al terminar el sexto grado la tía Julia, el reglamento del colegio establecía que debía continuar la secundaria interna, costo que mis abuelos no podían sufragar. Continuó un tiempo más estudiando en el Colegio de La Asunción, pero llegó un momento en que tampoco este lo podían pagar, de modo que a sus diecisiete años la tía Julia empezó a trabajar en el Almacén El Faro. Esto debió de ocurrir a comienzos de 1937, año en que mi abuela María tuvo muchos problemas de salud porque a sus cuarenta y cinco años le estaban comenzando los malestares de la menopausia. En ese mismo año a mamá Gloria, quien cumplió ocho años en marzo, le extirparon las amígdalas y la tía Julia cuidó de ella de un modo muy abnegado. Se quedó toda la noche en vela, con mi madre, en el hospital. La tía Julia, además, aprendió a inyectar y se convirtió en la “enfermera” de la familia. Ella quiso seguir estudiando. Contaba con que podría pagarse los estudios del sueldo que ganaba en el almacén y se matriculó en un colegio nocturno especializado en Contaduría Pública y

Secretariado Comercial. Pero el alumnado estaba compuesto por hombres y mujeres. Eso no les gustó a mis abuelos, quienes siempre enviaron a sus hijas a colegios exclusivamente femeninos, de modo que la tía Julia tuvo que dejar de estudiar.

Sobre su hermana, mi madre nos decía: *“Mis padres fueron siempre muy estrictos. Julia tenía amigos y amigas que la visitaban, pero no era fácil que le permitieran salir en su compañía. También en esa época tuvo varios pretendientes, quienes llegaron a pedir permiso de visitarla con intenciones formales de matrimonio. Pero ninguno les pareció a mis abuelos lo suficientemente bueno para ella. No es posible imaginar cómo habría sido su vida si se hubiera casado entonces”*. Sin embargo, ella siempre afirmó que fue feliz en su matrimonio y estaba segura de que Amile Anthony Russo, el tío Tony, era el hombre que Dios le tenía destinado. Pero de él hablaré después.

Ese mismo año de 1937, a los ocho de edad, mamá Gloria hizo su Primera Comunión con un grupo de compañeras, en la Capilla del Colegio Sagrado Corazón. Después, toda la familia viajó a Suchitoto. Ella volvió a ponerse su vestido blanco y comulgaron en la Iglesia del pueblo toda la familia con la mamita Mercedes y las tías Chabela y Cristina.

Todos los años en vacaciones iban mi mamá, la abuela María y la tía Julia a Suchitoto, a pasar temporadas, especialmente en Semana Santa y en diciembre, para la fiesta del pueblo. La mamita Mercedes y las tías los atendían. A mamá le gustaba verlas amasar y hornear el pan. “Cristy”, la hermana de la abuela María, se sentaba en un banco bajito a batir muchos huevos, en una gran olla de barro con un enorme molinillo, para hacer el “marquesote” y “Chabe”, la tía Chabela, hacía la “semita”, poniendo una gruesa capa de dulce de piña en medio de las dos capas de masa. Nunca dejaron que mamá tocara nada. Sólo algunas veces les ayudó a espolvorear azúcar sobre los pasteles.

En la cocina había un gran horno rústico de arcilla que calentaban con leña. Sin ningún reloj ni aparato sofisticado que midiera la temperatura, Chabe tenía la habilidad de saber en qué momento estaba listo para meter el pan y cuando debía sacarlo. Rara vez se equivocaba.

El 26 de septiembre de 1940 murió la mamita Mercedes, la matriarca que mantuvo a la familia unida a la muerte de su hermana Carmen, y crió a las hijas de esta: la tía Cristina y la abuela María, junto con su propia hija, la tía Chabela. Mi madre contaba once años y no le dijeron nada de momento, aunque la dejaron que durmiera en el colegio, mientras la tía Julia, el abuelo Antonio y la abuela María viajaron a Suchitoto para el entierro. Mi mamá se enteró de la noticia hasta que regresaron.

Para salvar su casa de una hipoteca que pesaba sobre ella, ese mismo año de 1940 el abuelo Antonio logró cambiarla por otra casa y un mesón en Villa Delgado, hoy Ciudad Delgado, y la familia se mudó a aquel municipio que es una especie de ciudad dormitorio en las afueras de la capital, en el que yo misma viví durante una larga temporada muchos años después, aunque no en aquella casa. El abuelo consiguió trabajo como jefe de bodega de la empresa M. C. Henríquez y Cía. y mi abuela, junto con la tía Julia, pusieron una tienda en la misma casa. Era lo que entonces se llamaba una pulpería. Vendían cereales al menudeo, así como huevos, jabón, candelas, fósforos, cigarrillos, hilos, lápices, cuadernos, clavos, cemento por libras y otros artículos de primera necesidad.

Entre tanto, mamá viajaba a diario con el abuelo Antonio en bus hasta el colegio. Un día, cuando el bus pasaba frente al parque Centenario, tuvieron un terrible accidente. El bus iba muy lleno y se volcó. El abuelo salió ileso pero mamá sufrió una herida en la cabeza. Providencialmente, vivían frente al parque dos señoras, a quienes él había conocido en Quezaltepeque, y con ellas su sobrino, estudiante de Medicina, quien bondadosamente le suturó la herida. Días después regresaron a que el joven le quitara los puntos.

En 1941 mamá estudió el cuarto grado. En esa oportunidad llegó al colegio una delegada del Ministerio de Cultura a supervisar los exámenes finales y, al terminar, dijo frente a toda la clase que mi madre había obtenido Mención Honorífica en los exámenes. Por supuesto, ella llegó a casa muy emocionada.

El día de la clausura recibió bandas, condecoraciones y premios otorgados por el Colegio. En la familia estaban muy orgullosos de ella y la sorprendieron con muchos regalos: juguetes, zapatos y calcetines. La tía Julia, que llegó a ser una modista excelente gracias a las clases de la abuela, le hizo dos vestidos: uno rosado y otro celeste, de organza floreada, preciosos. También le cosió ropa interior de seda en los mismos colores. Pero estos episodios felices alternaban con algunas desgracias. Al año siguiente, en 1942, cuando cumplió trece años, mamá tuvo todas las “pestes”: le dio sucesivamente varicela, sarampión y paperas, todo eso alternado con trastornos estomacales, infecciones de garganta y dolor en las articulaciones. La tía Julia la cuidó sin importarle el contagio. Fue así como contrajo sarampión y paperas, pero ni siquiera guardó reposo.

Un día, al subir corriendo una cuesta, a mamá le faltó el aire por pocos segundos. El doctor le indicó “reposo absoluto” y unas cucharadas de salicilato de sodio. Debía estar en cama y no realizar ningún esfuerzo. Mi abuela esperaba ver la mejoría en un par de semanas, por lo que, al ver que seguía mal, se desesperó y la llevó donde otro médico, quien también prescribió reposo absoluto y las mismas cucharadas de sabor acre.

La abuela continuó llevándola de médico en médico y todos le recetaban lo mismo. Fueron hasta Guatemala donde un doctor que le recomendaron. A mi madre le intrigaba que los médicos, después de examinarla, le pedían que saliera de la habitación y se quedaban hablando con la abuela. Ella salía después muy angustiada e invocando a Dios y a los santos de su devoción les pedía: “¡Qué se cure mi muchachita!...”

Me imagino que a la abuela le pesaba, encima, el recuerdo de la muerte de su primogénita, la tía Merceditas. Pero a mi mamá nadie le decía nada, hasta que un día por fin hubo un médico que dijo: “Ya es tiempo de que esta niña sepa lo que tiene, a fin de que colabore para lograr su recuperación”. Y le soltó la verdad: “Tienes una lesión en el corazón. Debes estar en cama y tomarte las medicinas para que te sientas mejor”.

Mi madre contaba que la noticia no le afectó tanto. Me imagino que no pensó en la muerte. Solo le preocupaba el dolor en las articulaciones, que cada día la baldaba más. Tenía mucho miedo porque pensaba que podría quedar inválida. Y es que el reumatismo articular agudo le “pegó” en forma muy severa. Ella lo describía como que alguien le agarrara un brazo o una pierna y se la retorciera hasta que ya no aguantaba más. Luego se la soltaba y tomaba otra de sus extremidades comenzando de nuevo aquella tortura que le imposibilitó hasta las más pequeñas articulaciones: no podía mover las piernas, las manos, ni los dedos y el más mínimo intento de hacerlo era terriblemente doloroso. Tampoco podía llevarse la mano a la boca y para todo necesitaba ayuda. La tía Julia la cuidó con verdadero amor: la bañaba, le friccionaba las articulaciones, le daba de comer, le leía cuentos, la llevaba donde el pediatra, el doctor Gonzalo Funes, y seguía fielmente sus indicaciones.

Así, la familia llegó a 1944, año de la caída del gobierno del general Maximiliano Hernández Martínez, que vivieron en primera fila, como quien dice, ya que para entonces se habían mudado a la casa de la Doce Avenida Norte. Ese año, en marzo, mi mamá cumplió quince años. No sé si se los celebraron. Me imagino que, debido a sus problemas de salud, la celebración (si ocurrió) fue modesta. Cumplió los quince el 30 de marzo y el 2 de abril ocurrió el levantamiento de los militares. El golpe de estado, sin embargo, fracasó. El gobernante retomó el poder y comenzaron los juicios sumarios y los fusilamientos de los implicados. Luego vino la Huelga de Brazos Caídos y, por fin, el 9 de mayo, a las veintiuna horas, por medio de un discurso, el gobernante renunció.

Cap. 4: La tía Julia

Ese mismo año de 1944, en agosto, en vista de lo grave que se estaba volviendo el problema de los ojos de mi abuelo, el cual lo incapacitaba para trabajar, mi tía Julia dispuso viajar a los Estados Unidos de manera legal para buscar empleo. En aquella época no era tan difícil

emigrar. Desde diciembre de 1941, tras el ataque a Pearl Harbor, los estadounidenses habían entrado a la Segunda Guerra Mundial y la mano de obra escaseaba. Mi tía se estableció en la ciudad de San Francisco y se empleó en un sitio cercano al puente Golden Gate llamado Presidio, aunque no era ninguna prisión. Ella aprendió a soldar y fue una de los miles de personas que ayudaron a reparar la Flota del Pacífico para luchar contra el Imperio Japonés. Mi hermana Pilar dice que mi tía Julia debió de parecerse al famoso personaje llamado “Rosie, the Riveter” (Rosie, la Remachadora),⁴ icono cultural que representa, en los Estados Unidos, a las mujeres que apoyaron el esfuerzo bélico trabajando en las fábricas cuando los hombres, que estaban luchando en la guerra, hicieron que la mano de obra escaseara.

A partir de 1944 la Segunda Guerra Mundial estaba en proceso de terminar en Europa, pero Japón no se rindió sino hasta el 15 de agosto de 1945, y la paz se firmó el 2 de septiembre, de modo que mi tía trabajó durante más de un año en este tipo de empleo. Regresó a El Salvador en febrero de 1946 porque mi abuelo quería cumplir su sueño más querido: viajar a España con toda la familia. Había vendido una de las dos casas que eran todo su capital y decidió invertir el dinero en ese viaje. Tal vez no lo sabían, pero aunque ya habían concluido tanto la Guerra Civil Española, en 1939, y la Segunda Guerra Mundial, en 1945, España ciertamente no vivía su mejor momento. Es posible que mi abuelo llevara la intención de establecerse y empezar de nuevo en su tierra. Sin embargo, aunque se pasaron todo 1946 tratando de encontrar pasajes en barco y conexiones para viajar, no fue sino hasta 1947 cuando por fin pudieron emprender la marcha, y no por barco, sino en avión. Primera escala: la ciudad de Nueva York.

La familia completa partió el uno de mayo de 1947. En la gran ciudad se hospedaron en el hotel “La Estrella”, que les recomendaron porque su propietario era un español. Mi madre contaba que vieron muy poco de la ciudad porque muy pronto debieron tomar otro avión que los llevó a Madrid. Del aeropuerto fueron en taxi directo a la estación, a tomar el tren

⁴ Ver: https://es.wikipedia.org/wiki/Rosie_the_Riveter

para Barcelona y comieron sólo una cena muy ligera sin ponerse a pensar que el viaje en tren duraría veinticuatro horas.

El recuerdo de aquella pésima etapa del viaje perseguiría a mi madre durante toda su vida. Así lo dejó asentado en sus recuerdos: *“¡El tren era de lo peor! Avanzaba tan lentamente como si hubiéramos ido caminando. Funcionaba con carbón y todo el humo de la máquina inundaba los vagones. Nosotros íbamos muy elegantes, con guantes y sombrero, pero con aquel baño de hollín, terminamos como salidas de una mina”*. Después de una mala noche, amanecieron viendo a su alrededor a la gente que sacaba sus “fiambreras” con tortillas españolas y sus “botas” de vino, para desayunar. No llevaban nada que comer y se sintieron muy deprimidos.

Por fin llegaron a Barcelona, donde los esperaban en la estación el tío Casimiro, su esposa María Rosa y su hija Mercedes de cinco años. También estaba el tío Miguel, gemelo idéntico al tío Federico, un poco más gordo y de muy buen color, su esposa Isabel y el primo de mamá a quien llamaban Miquelet (Miguelito en catalán) quien era seis meses mayor que mi madre. Todos juntos fueron a casa de Casimiro donde sirvieron una buena cena y brindaron con champán. Después, Miguel y su familia se marcharon. Casimiro había preparado cuartos para mis abuelos, para la tía Julia y para mi mamá y ahí se hospedaron. La estadía en Barcelona fue memorable para toda la familia, pero especialmente para mi madre, quien siempre guardó los mejores recuerdos de la llamada “Ciudad Condal”. Recordaba especialmente el Parc Güell, el Tibidabo, las Ramblas, el Paseo de Colón, la Barceloneta, el parque de Montjuich, el templo de la Sagrada Familia y muchos otros lugares que hacen de Barcelona una ciudad inolvidable.

También visitaron, en Vallverd de Queralt, al tío José, el mayor de los hermanos de mi abuelo, y a su esposa Josefa. Ellos no tenían hijos. En el pueblo también vivían la tía Carmen, hermana de mi abuelo, con su esposo, José Sabaté, y la hija de ambos, Laura, casada y con dos niñas pequeñas. La hija menor de Carmen, Asunción, había muerto hacía

poco tiempo, a los dieciocho años. En ese viaje mi abuelo, según contaba mi mamá, se llevó muchas decepciones. La casa que fue de la familia había sido vendida y otras personas vivían ahí. Aun así, les permitieron entrar y ver el lugar. Pero muchos de los amigos y conocidos de mi abuelo ya no vivían en el pueblo. Habían muerto o emigrado. Como es natural, el tiempo había ido pasando y había hecho su labor de acabar con todo. La familia visitó la población de Sarreal y también el Santuario de la Virgen de Montserrat, patrona de Cataluña.

La situación era muy difícil, y los cuatro se dieron cuenta enseguida. Mi madre contaba que España sufría una terrible crisis. Había racionamiento y todos los residentes debían hacer grandes “colas” para recibir una ración mínima de los productos básicos. Además, la Guardia Civil controlaba las entradas a las grandes ciudades, para evitar que la gente de las provincias, aprovechándose de la carestía, llegara a vender sus productos a precios exorbitantes. Los productos importados como café, azúcar y tabaco no se encontraban a ningún precio. La familia del pueblo los abastecía de pan, aceite, vino y lo que podían pasar de contrabando. En los pueblos pequeños y en el campo se encontraban las cosas básicas para comer. Pero la vida en las grandes ciudades era mucho más complicada. Por lo demás, la gente aún tenía muy frescos en la memoria los horrores de la guerra civil.

En Barcelona, como en todos los países fríos, el calor del verano es sofocante. De modo que quienes tienen las facilidades para hacerlo tratan de pasar esos meses en el campo, en las montañas o a la orilla del mar. Casimiro rentaba durante todo el año una casa en San Feliú de Codines, pueblo de montaña, sólo para pasar allí los veranos. Mi madre contaba que era un lugar precioso, tranquilo, rodeado de bosques de pinos, fuentes y cascadas cristalinas. María Rosa y Merceditas se trasladaban allá todo el verano. Casimiro trabajaba durante la semana en Barcelona e iba a pasar sábados y domingos con ellas. Mi madre vivió ahí durante un tiempo, ya que la familia resolvió que el aire puro le hacía bien para sus

problemas de salud. Pero ese año hubo un pavoroso incendio. Mamá pudo presenciar cómo se quemó un gran bosque de pinos, un desastre que duró varios días.

Mientras tanto, mis abuelos se quedaron en Barcelona. Mi abuela cocinaba y la tía Julia y el abuelo Antonio salían a buscar trabajo. Pero la situación era muy difícil. Mi madre y mi tía habían sido registradas como españolas en la embajada de España, de modo que no tenían problemas de residencia. Pero para darle trabajo a Julia ella debía demostrar ser técnica en algún oficio que no dominara una persona “española”. Mi abuelo quería poner una tienda, pero le exigían un depósito por una suma grande como “derecho de llave”.

Mi mamá recordaba mucho a un tío que conoció en esa época. Era tío del abuelo Antonio y se llamaba Pedro Juan Llord. Era un anciano bondadoso con una larga barba. Al presentarse dijo: “Tengo mucho de Pedro y nada de Don Juan... Aunque en mis mocedades...”. El tío Pedro era pintor y medio poeta. Hablaba muy bien. Escucharle era como estar leyendo un libro. Tuvo doce hijos en su matrimonio. Era viudo y ese año de 1947 cumplió setenta y siete años. Su nieta mayor (hija de la hija mayor) y su hija menor tenían ambas dieciocho años, y se habían casado con sus prometidos el mismo día en una doble ceremonia.

Durante todos los meses transcurridos desde que llegaron, Casimiro no habló nunca de cómo se perdió la fábrica. Tampoco el abuelo Antonio le preguntó nada. Pero el tío Miguel les había dicho que la fábrica nunca existió. El 15 de octubre de 1947, cuando mamá y la tía Julia regresaron cansadas de recorrer museos con otra parienta, se encontraron al abuelo empacando y a la abuela llorando. Habían tenido una discusión con Casimiro y este, como dicen en México, los había “corrido” de su casa.

Mi madre y su hermana no supieron en realidad qué fue lo que pasó. Por una causa insignificante surgió la discusión y estallaron las protestas de mis abuelos. Casimiro, que ya estaba cansado de tenerlos en su casa, también explotó, y no aclaró, ni entonces ni nunca, cómo se perdió todo el dinero. Tal vez pensaba que en América la vida era mucho más fácil y que el abuelo Antonio era un hombre rico, que nunca lo fue, que conste. O apremiado por

las calamidades de la guerra, se fue gastando lo que el abuelo enviaba con la esperanza de reponerlo algún día. Eso, como muchas otras cosas, jamás lo vamos a saber.

El caso es que la familia se trasladó a vivir a una casita que el otro hermano de mi abuelo, el tío Miguel, tenía en un pueblo costero llamado Masnou. La casa era pequeña y acogedora. En la sala había una biblioteca con libros de todas clases que pertenecía a Miquelet. Mamá se dedicó a clasificarlos, ordenarlos y, por supuesto, a leerlos. En las tardes mamá subía al terrado (o terraza) a contemplar el mar y leía disfrutando de la brisa. El pueblo no era muy grande. Los habitantes en su mayoría eran pescadores y campesinos que cultivaban hortalizas. A mamá le gustaba ir con la abuela María al mercado a comprar vegetales frescos, mientras el abuelo y la tía Julia viajaban a Barcelona a tratar de vender algunas de las cosas que llevaron y siempre buscando una salida a la situación. Al abuelo aquel viaje le causó muchas y grandes desilusiones. Después de cuarenta y un años soñando con volver, se sentía extranjero en su propia tierra.

La abuela tampoco fue feliz mientras estuvieron allá. Como siempre, la tía Julia fue el ángel que trató de endulzarles la vida a todos. A sus dieciocho años mamá, aunque se daba cuenta de los problemas, disfrutó al menos de los lugares que conoció y del buen vino, ya que en España tomaban vino en todas las comidas las personas de todas las edades, incluso los niños.

Ya en noviembre comenzó a apretar el frío. Necesitaban ropa adecuada para el invierno y, después de todo lo sucedido, los abuelos decidieron que era mejor regresar. La tía Julia les pidió encarecidamente quedarse en Nueva York para luego volver a California, pero los abuelos se opusieron rotundamente. Muchas veces en la vida me he preguntado, y estoy segura de que mi mamá y mi tía también lo hicieron, cómo habrían sido sus vidas y las de toda la familia si mis abuelos no hubiesen sido tan tercos y hubieran estado dispuestos a escuchar las muchas y buenas razones que sus hijas les dieron para tomar decisiones distintas, pero con ellos no hubo forma.

El abuelo Antonio había dejado dinero depositado en el Almacén Llord & Cía. Así, le pidió a su hermano Federico que pagara los pasajes de regreso. Él avisó que ya había hecho las reservaciones y la familia debía tomar el avión en Lisboa. En diciembre emprendieron el regreso. Miguel y su familia los llevaron a la estación. Tomaron el tren de Barcelona a Madrid y de allí volaron a Lisboa con la compañía TWA. Se hospedaron en la capital portuguesa en un hotel frente a la “Plaza do Rocio”. Era un lugar bastante céntrico, tenía buena comida y medio litro de vino por persona en cada tiempo.

Lo primero que hicieron en cuanto llegaron fue ir personalmente a las oficinas de la PAA para confirmar el vuelo a Nueva York, que supuestamente salía al día siguiente. Sin embargo, el empleado les aseguró no haber recibido la confirmación. Mi abuelo le dijo que estaba seguro de que los pasajes habían sido pagados en San Salvador. Era difícil entenderse en portugués. La tía Julia trató de explicarle en inglés, pero el hombre dijo que nada podía hacer. Repitieron cada día el recorrido a la agencia, con el mismo resultado. Ya el empleado que los atendía estaba molesto por su insistencia. Ese día, al verlos llegar, abrió una gaveta y tiró un papel sobre el mostrador diciendo algo así: “La confirmación de sus pasajes tiene que ser una hoja como esta”. Los cuatro pares de ojos se posaron al mismo tiempo sobre cuatro nombres que... ¡eran los suyos!...

El hombre hubiera querido estar muchos metros bajo tierra...

Por fin pudieron volar a Nueva York, que entonces lucía completamente distinta en pleno invierno: los árboles sin hojas y el cielo nublado. Mamá recordaba, más de cincuenta años después, que hacía mucho frío. Al mismo tiempo las calles, plazas y edificios estaban decorados con derroche de luces y adornos navideños. Cuando llegaron había nevado pero no vieron caer la nieve. Solo notaron las máquinas limpiando las calles. Todo estaba congestionado por ser vísperas de Navidad. Durmieron esa noche en el Waldorf Astoria y lograron llegar a San Salvador el 23 de diciembre a medianoche. En el aeropuerto los

esperaba Federico, quien los hospedó en su casa en San Martín. Se quedaron allí, pues el contrato de alquiler de la casa del abuelo vencía hasta el último de abril del siguiente año.

1948 comenzó y mamá inició el segundo curso de secundaria. Mis abuelos volvieron a ocupar la misma casa de la Doce Avenida Norte y pusieron otra vez la tienda de barrio que se turnaban todos para atender. Al año siguiente mamá hizo el tercero de secundaria y después terminó el secretariado comercial, ya que, por las limitaciones económicas del abuelo Antonio, nunca se graduó como bachiller, cosa que lamentó la vida entera.

A mi abuelo le entró la chifladura de mudarse a un pueblo pequeño. El lugar elegido fue Armenia, en el departamento de Sonsonate, y allá se trasladó toda la familia. Mi madre comenzó a trabajar como secretaria en la alcaldía en enero de 1951. Nunca me ha dado la curiosidad de buscarla en el Diario Oficial, donde en aquella época aparecían todos los nombramientos de los empleados públicos, así como cualquier movimiento de personal. Tal vez algún día lo haga. Ella era la encargada de extender las cédulas, y tenía un sueldo de sesenta y cinco colones mensuales (de la época, por supuesto). En marzo del mismo año la ascendieron a Encargada del Registro Civil y Auxiliar de la Secretaría. Escribía a mano, con su hermosa letra, las partidas de nacimientos, defunciones, matrimonios y divorcios en los libros del registro, copiaba a máquina las certificaciones de partidas y también las actas municipales. Y más de una vez tuvo discusiones con el alcalde del pueblo porque ella le corregía las faltas de ortografía. Ese problema lo tuve yo misma a veces con algunos jefes que he tenido a lo largo de los años. Ha de ser un defecto de familia. No soportamos los errores de ortografía. Es como ver un cuadro torcido: tenemos que enderezarlo.

En Navidad de ese año a mamá le dieron la flamante cantidad de doce colones de aguinaldo. Tiempo después consiguió un empleo mucho mejor pagado en el Banco Salvadoreño, en San Salvador, y la tía Julia comenzó a trabajar en el Colegio Sagrado Corazón, de tal modo que los abuelos tuvieron que aceptar mudarse de nuevo, ya que los empleos de sus hijas no estaban en Armenia, sino en la capital.

Las experiencias de mamá en el banco fueron agrídulces y no las detallaré. Lo bueno fue que estando de regreso en San Salvador le surgió la oportunidad de cursar la carrera de Trabajo Social, que aunque duraba cinco años, no era entonces, como lo fue después, una carrera universitaria. Además, era una carrera superior recién iniciada, ya que la Escuela de Trabajo Social acababan de fundarla. A pesar de que no era bachiller ni profesora, mamá logró ingresar solo con su título de secretaria comercial gracias a su cultura general. La persona que la entrevistó le hizo muchas preguntas y, al parecer, ella salió airoso de esa evaluación. No solo la aceptaron: También consiguió una beca y comenzó a estudiar en 1954. En realidad, para mamá fue una ventaja ser secretaria porque era de las pocas estudiantes que sabían escribir a máquina, y eso le permitía pasar en limpio sus reportes y casos con mayor rapidez y de modo impecable.

La primera vez que mis papás se vieron fue en la iglesia de Concepción. Mi mamá lo notó porque era un hombre muy bien vestido y su cara le pareció enteramente nueva en un vecindario donde todos se conocían. Eso debió de ser en enero de 1955. Ya mi padre estaba viviendo en casa de doña Eva García en calidad de pupilo. Doña Eva tenía una tienda y un día que mi mamá fue a comprar algo, ella los presentó. Mi mamá le dijo que su padre también era español. Mi papá respondió que le gustaría conocerlo, y poco tiempo después comenzó a llegar a visitar al abuelo Antonio.

La vida continuó, mamá siguió trabajando y estudiando. En 1957 terminó la tesis y el 12 de diciembre de ese año se casó con papá en la capilla del Palacio Arzobispal. Esa edificación fue destruida posteriormente en un incendio. Quedaba donde hoy se encuentra el parqueo anexo a la Iglesia del Rosario, en el centro histórico de San Salvador.

Cap. 5: La tercera generación

Nací el 15 de noviembre de 1958 en el Hospital de Maternidad de San Salvador, exactamente en el segundo piso de la esquina formada por la Calle Arce y la 25 Avenida Norte. Era sábado. Mi papá ya no trabajaba en la fábrica de Café Listo por algo que no quiero dejar de comentar. Cito textual a mi Santa Madre: *“Virgilio ya no trabajaba en el “Café Listo” debido a un incidente: unos obreros robaron un poco de café y fueron duramente golpeados por agentes de la Guardia Nacional. Entonces todo el personal se unió con el fin de formar un sindicato, y a Virgilio lo nombraron tesorero del mismo. Al enterarse los dueños de la fábrica, despidieron a los cabecillas y enviaron notas a otras compañías con la lista de ellos para que no les dieran trabajo. A él no lo despidieron, pero lo obligaron a trabajar turnos rotativos que él no pudo aceptar porque tenía clases durante el día. Solicitó trabajo en colegios religiosos, donde era bien conocido. Lo recibieron haciéndole bromas acerca de la carta que habían recibido, donde aparecía su nombre en la lista de los “líderes del movimiento sindicalista”. De todos modos, ese trabajo (en la fábrica de café) era temporal, pues su campo era la enseñanza, Como yo siempre dije: “él era maestro de nacimiento”. Consiguió más clases en distintos colegios. Necesitaba transporte para trasladarse de un colegio a otro. Julia tenía una camioneta “Fiat” y se la vendió. En dos semanas él aprendió a manejar, y ella compró otro carro pequeño”.*

De la casa de mamá Eva nos mudamos a la casa de la Colonia “El Roble” donde mis hermanos, que nacieron posteriormente, y yo pasamos toda nuestra infancia. Mis padres y yo llegamos a esa casa el 12 de octubre de 1959. A mí me faltaba aproximadamente un mes para cumplir un año de edad. Mi hermana Gloria María nació el 4 de octubre de 1961, María del Pilar, el 7 de octubre de 1963, y Juan Antonio, el 20 de enero de 1967. El 26 de diciembre de 1965, en los Estados Unidos, la tía Julia se casó con Amile Anthony Russo, ciudadano estadounidense de origen italiano. Siempre lo llamamos “tío Tony”. Él había nacido en San Francisco, California, el 30 de septiembre de 1910. Ella tenía cuarenta y seis

años de edad, y él, cincuenta y cinco. Para él era su segundo matrimonio, ya que era viudo. Ninguno de los miembros de nuestra familia pudo acompañarlos a la boda.

Voy a adelantarme porque se me está acabando el espacio. La situación social y política de El Salvador se fue deteriorando poco a poco, en especial al final de la década de los sesenta. Vivimos el terremoto de 1965, la guerra con Honduras en 1969, así como la sucesión de gobiernos militares que llegaron al poder por fraude electoral y la situación económica que también se deterioró a lo largo de esa década y de la siguiente. La breve experiencia sindical en la fábrica de Café Listo dejó a mi padre la amarga lección de no participar en política en ninguna forma, salvo ir a votar en las elecciones. Por otra parte, en 1968 mi mamá fue operada del corazón. Le hicieron un reemplazo valvular y eso salvó su vida. Nora Staben, que en ese entonces era la jefa de mamá en el Hospital Rosales, organizó una campaña de ayuda y mucha gente donó dinero para que ella se operara en Houston, Texas. La doctora María Isabel Rodríguez, cardióloga que llegaría a ser rectora de la Universidad de El Salvador, la puso en contacto con el doctor Denton Cooley, quien la operó gratuitamente, aunque en un principio eso nadie lo sabía: que el doctor Cooley no cobraría un centavo por su trabajo. El pasaje aéreo para que mamá viajara a los Estados Unidos lo donó el empresario don José Batarsé.

Yo me gradué de bachiller en 1976 y comencé a estudiar Química. Estudié primero en la UCA, en 1977, y luego en la Universidad de El Salvador. Me casé en 1979 y me fui a vivir con mi marido a la casa de la familia de él en Ciudad Delgado. Mis padres vivían preocupados por la situación política, que era crítica. Mi madre, especialmente, siempre temió que a mi hermano, que en 1980 era un niño de trece años, lo fuesen a reclutar para el ejército si estallaba una guerra civil convencional. De modo que, poco a poco, empezó a hacer planes para enviar a mis hermanos a vivir con la tía Julia, que residía en California con el tío Tony. Ese mismo año de 1980, el 24 de marzo, fue asesinado monseñor Óscar

Arnulfo Romero. Anteriormente había muerto, también asesinado, el padre Rutilio Grande, muy amigo de mi papá.

Mis hermanos llegaron a Santa Rosa, California, el 15 de octubre de 1980, y mis padres, en septiembre del año siguiente. Sus comienzos en aquel país fueron muy difíciles. Les pasó casi de todo: un abogado supuestamente experto en casos de migración los estafó durante varios años... y cuando descubrieron por fin el engaño, tuvieron que empezar todo el proceso de nuevo. Sin embargo, también encontraron personas buenas que los ayudaron mucho. La tía Julia y su marido fueron incondicionales con ellos. Mi hermana Pilar se casó con un muchacho ciudadano gringo y los padres de él se portaron de modo excelente con mis papás. Los cuatro consuegros vivieron en la misma casa durante varios años sin tener el menor problema. Mi hermana Gloria se casó también con un norteamericano y su suegro fue de gran ayuda cuando fueron naciendo mis tres sobrinos: Arthur, Mark y Carl.

Pilar estudió diseño en una buena universidad de California gracias a una beca. Se radicó en Los Ángeles y trabajó por muchos años en la compañía Disney, hasta que se independizó y ahora es diseñadora *free lance*. Tiene tres hijos: los gemelos Kevin y Christopher y su hijo menor, Alex. Los tres son universitarios y actualmente viven cerca de Seattle.

Gloria María estudió computación, aunque finalmente ha trabajado por años como intérprete y traductora judicial, para lo cual tiene una licencia que le costó muchos esfuerzos y sinsabores obtener.

Mi hermano Juan Antonio es psicólogo y ha trabajado durante más de veinte años para la oficina de la municipalidad de Santa Rosa. Tiene un hijo, Tomás, de su primer matrimonio, y otro, Santiago, del segundo.

Mi cuñada, Annie Bacon, trabaja para una oenegé que construye escuelas en países en desarrollo, como Nicaragua y El Salvador. Habla el español perfectamente y es una persona muy dulce y agradable. Tanto Juan como Gloria viven en Santa Rosa con sus familias.

Ninguno de ellos es rico, ni mucho menos, pero han conseguido sobrevivir decentemente y lograr que sus hijos estudien y sean personas de bien. Yo me casé, me divorcié, terminé de estudiar la licenciatura y tengo dos hijos a los que adoro: Sergio José, que va a cumplir treinta y cinco años, y Juan Francisco, de veinticinco. El mayor trabaja y el menor está estudiando aún en la universidad.

Papá Virgilio murió el 19 de mayo de 1999. Yo no logré despedirme de él porque el padecimiento que lo llevó a la muerte fue un infarto repentino, pero conseguí viajar y estuve en su funeral en Santa Rosa, California. No detallaré aquí lo que costó conseguir la visa, comprar el pasaje y tomar el avión. Solo diré que fue una verdadera odisea. No creí que me fueran a conceder la visa, pero lo logré. Fue la primera vez en diecinueve años que pudimos reunirnos los cuatro hermanos junto con mi mamá.

Mi madre tuvo diez nietos, todos varones. Al más pequeño, Santiago, no llegó a conocerlo. Ella murió el 6 de marzo de 2005. Tampoco fui capaz de decirle adiós, excepto por teléfono. En aquellos días yo estaba ingresada en el Hospital General del ISSS a causa de mi segunda endocarditis bacteriana. La primera la había padecido en octubre de 2003, a causa de una limpieza dental.

Me operaron del corazón el 22 de marzo de 2005 para hacerme un reemplazo valvular. No deja de ser una ironía que me operaran del mismo padecimiento que tenía mi mamá, solo que a mí me intervinieron treinta y siete años después que a ella. Pero a las dos nos operaron en el mes de marzo. Sin embargo, ella no se enteró de esto, porque había fallecido dieciséis días antes de que se efectuara mi cirugía. Han pasado muchos años, pero mis padres me siguen haciendo una falta enorme.

El tío Tony murió el 27 de enero de 2004, a los noventa y tres años, y la tía Julia lo sobrevivió a él y a mi madre por varios años más. Hasta los noventa, la tía Julia estuvo perfectamente lúcida. Yo logré verla y conversar con ella durante dos semanas en 2008. Luego sufrió una pequeña caída, algo sin ninguna gracia, como la caída fatal de la abuela

María, lo que le ocasionó, también, la fractura de la cadera. Pero a diferencia de la abuela, a mi tía la operaron y quedó perfectamente. Sin embargo su mente comenzó a deteriorarse con rapidez a causa del Alzheimer. Recordaba cosas que habían pasado cincuenta años antes y no tenía memoria de lo que acababa de suceder hacía cinco minutos. Confundía a mi hermana Gloria con mi mamá. Al final, dejó de comer y fue como si se desprendiera, poco a poco, de este mundo. Y tenía sentido, porque sus más grandes afectos: su esposo y su hermana, mi madre, ya no estaban.

La tía Julia falleció el 31 de agosto de 2012, a la edad de noventa y tres años. Ha sido, hasta ahora, la más longeva de la familia, la más sana, la roca sobre la que nos hemos apoyado todos. No puedo olvidar que recibió a mi amada madre cuando nació, y que también la acunó cuando murió en sus brazos. Tenía su carácter, claro está, pero fue una de las personas más generosas y buenas que he conocido.

A pesar de la mala salud de algunos de sus miembros, creo que nuestra familia ha prevalecido, sobre todo, por la inquebrantable voluntad de sobrevivir que hemos demostrado con creces y gracias, además, a un tesón indiscutible. Por otro lado, también hemos hecho gala de una osadía extraordinaria. Pienso en el abuelo Antonio, que atravesó el mar cuando era un joven de pocos años, para venir a trabajar a una tierra de la que muy poco sabía. Pienso en la tía Julia, que se aventuró en un país desconocido, sin saber el idioma, y gracias a su trabajo logró construirse una vida para sí y para ayudar a sus padres. Pienso en mi madre y en sus achaques. A pesar de ellos, consiguió poner a salvo a la familia y conocer a la mayor parte de sus nietos.

Creo que tenemos muchos talentos, pero sobre todo, una capacidad muy grande para trabajar, y para esa cosa que ahora muchos llaman “resiliencia” y que no es más que la voluntad de ponernos de pie de nuevo después de cada desastre. En esto, supongo, hemos sido muy salvadoreños.

Ojalá que nuestros hijos puedan y sepan salir adelante, que tengan coraje y buenos valores, y que Dios nos preste vida para ver y convivir el tiempo suficiente para conocer a nuestros nietos y a los que vengan después. Que así sea.

Antiguo Cuscatlán, octubre de 2020.